

## **EL “DILEMA DEL CANDIDATO”.**

Por Alejandro González Escudero.

Uno de los mayores interrogantes que la opinión pública argentina se formula frente a las próximas elecciones presidenciales es: ¿por qué los opositores al oficialismo están tan divididos y no logran acordar entre ellos para presentar una fórmula común con mayor chance electoral? Es evidente que la gran dispersión de la oferta electoral favorece las posibilidades del gobierno. El “sentido común” de la gente no entiende cómo esos opositores no se “juntan” para “hacerle fuerza” al oficialismo. De las muchas explicaciones que pueden formularse (diferencias personales, ideológicas, programáticas, históricas, entre otras) ninguna es lo suficientemente categórica. Presentaremos a continuación otra explicación. Ésta basada en la teoría de los juegos, un desarrollo matemático y lógico creado en los años 40 del siglo pasado para explicar conductas de agentes económicos. Luego, se aplicó también para tratar de comprender la acción política. Varios de quienes trabajaron en ella recibieron el Premio Nobel de Economía. Quizá el más popular sea John Nash. Sobre su vida hasta se filmó la película “Mente brillante”, ganadora de varios Oscar.

Dentro de esa teoría está el famoso “dilema del prisionero”. Presentado en síntesis, ese dilema muestra que cada prisionero al optimizar su decisión individual toma un curso de acción que podría ser mejorado de acordar con el otro prisionero una posición común, pero soportando con ello el riesgo de ser defraudado por el otro que, de no cumplir, lo dejaría en peor situación. Como ambos desconfían del otro, ninguno está dispuesto a “cooperar”.

### **Las opciones de los candidatos.**

Traslademos el dilema del prisionero al que llamaremos aquí “dilema del candidato” y veamos cómo esos candidatos manejan las alternativas de decisión. El candidato A elige entre colaborar con el otro candidato o no colaborar. Las mismas alternativas tiene el candidato B. Si A colabora y B no lo hace, A termina defraudado y B gana el máximo poder, porque saca ventaja del apoyo del otro sin cumplir posteriormente. Si B también colabora, el resultado es que ambos comparten el poder. Si A, en cambio, decide no colaborar tendrá estos dos resultados posibles: Si, B colabora, A obtiene el máxima poder aprovechándose de B y si B no colabora, ambos “sobreviven” sin conseguir llegar al poder. Obsérvese que no colaborar le ofrece a A la mejor alternativa frente a cada decisión de B. No colaborando, A obtiene el máximo poder si B colabora y si B tampoco colabora, “sobrevive”. En cambio, en el caso de colaborar, A compartirá el poder si B también lo hace, o será defraudado (el peor resultado posible) si B se aprovecha y no colabora.

Como la situación es similar para el otro candidato, la regla de decisión la aplican ambos y así deciden no colaborar. El resultado es que “sobreviven”. Este resultado, óptimo desde el punto de vista individual, no lo es si se mira el resultado “cooperativo” que habrían obtenido de decidir ambos colaborar, que es “compartir el poder”.

Por eso se habla de dilema: La elección óptima en el plano individual, conduce a un resultado colectivo que no maximiza el beneficio.

Es fácil con esto explicar la conducta de los candidatos: Ninguno está dispuesto a elegir la alternativa de colaborar sabiendo que con ella corre el riesgo de ser defraudado por el otro candidato que aprovechará la situación.

### **Desertar en política: una tentación antigua.**

El defraudar a quienes apoyaron a lograr el éxito tampoco es un tema nuevo ni extraño. Ya Macchiavelo (quién otro podría ser) con contundente franqueza recomienda en su obra célebre *El Príncipe*, que “un gobernante prudente no debe cumplir lo que promete cuando ello vaya en contra de sus intereses, ni cuando ya no existan las razones que lo llevaron a comprometerse... jamás has faltado excusas legítimas a un príncipe que deseara incumplir honorablemente su promesa” Y también explicaba que el Príncipe debe desprenderse de los nobles que lo hubieran ayudado a llegar porque éstos “se considerarán sus iguales, y en tal caso se le hace difícil mandarlos y manejarlos como quisiera”.

Los ejemplos en política de personas que defraudan a quienes las apoyan son frecuentes. Por eso, el temor a colaborar es comprensible y grande. ¿Quién está dispuesto a apoyar a otro cuando el riesgo de que éste incumpla lo acordado una vez en el poder es alto? Nos ha tocado estudiar en los últimos años casos de conductas oportunistas donde quien alcanza las posiciones buscadas defrauda a sus apoyos aún en ámbitos universitarios y profesionales donde podría esperarse, a priori, actores que se comporten con “valores más elevados”.

Pero, cabe preguntar entonces, ¿es un problema sin solución? La conducta reticente a cooperar, sea por temor a verse defraudado o por buscar aprovecharse de un ingenuo, ¿puede cambiarse?

Los estudiosos de la teoría de los juegos investigaron soluciones al dilema del prisionero. Se debe buscar “aumentar los costos” para quien defrauda y reducir los riesgos de los que optan por colaborar. Se ha estudiado qué sucede cuando los juegos se repiten, el llamado “dilema del prisionero iterado”, esto es, el juego no se realiza una sola vez sino que se repite. En este caso, el que busca su beneficio defraudando al otro tiene que considerar que habrá nuevos juegos con quien defraudó y en ellos el defraudado podrá revisar su actitud cooperativa. “La evolución de la cooperación” (Robert Axelrod) mostró un interesante experimento con el que demostró que existen soluciones mejores que no colaborar cuando los juegos se suceden en el tiempo. En el mundo de los negocios, por caso, el que defrauda una vez no podría volver a contratar con el defraudado, el cual se ocuparía, además, de difundir lo sucedido, para que ningún agente económico vuelva a contratar con el oportunista, es decir, provocarle un “efecto reputación” negativo. Así, sumando los resultados de los juegos sucesivos el resultado de defraudar ya no es el mejor. Igualmente, la existencia de un sistema legal-jurídico que castiga los incumplimientos de los contratos protege a los agentes económicos de los oportunistas incumplidores.

Lo dicho se aplica en la esfera económica, ¿qué pasa en la política?

Todavía no se encontraron respuestas categóricas. Se habla de la “mala reputación” de quien defraude para alcanzar el poder, pero, por otro lado, hay muchos casos donde esas conductas, finalmente, no tienen ninguna sanción. Sí es evidente que el político que defrauda a otro y obtiene el poder busca “destruir” al defraudado ya que, a conciencia o intuitivamente, percibe que de existir un próximo juego, éste buscará castigar a quien no cumplió.

Por estos motivos, no debemos culpar a los candidatos opositores porque no logren acordar entre ellos. No parece fácil que el “dilema de los candidatos” tenga una solución donde aumenten la confianza recíproca y decidan cooperar entre sí. Se requerirá una evolución sostenida de la cultura política y de cómo los incumplimientos de esos políticos son percibidos por los electores.

Por parte del oficialismo, aunque algunos han visto en la forma en que el Presidente actuó durante estos años un ejemplo exitoso de cómo desprenderse de quienes lo apoyaron para lograr el poder, ahora, paradójicamente, estaría mostrándose él, con el máximo del poder, dispuesto a no participar y cooperar con otro candidato. ¿Estará cambiando la estrategia en el “juego”? Sin embargo, está claro que, tratándose de la propia esposa, los “juegos” que se juegan son diferentes a los realizados entre extraños, objeto de estudio de la teoría de los juegos.